

# MITOLOGÍA PARA MÉDICOS (XVI)



Por el Dr. Roberto Pelta

El estallido de la Guerra de Troya (ciudad griega también llamada Ilión) se inicia con la expedición que emprenden los aqueos para vengar el secuestro por el príncipe Paris, hijo del rey Príamo de Troya, de la bella Helena, esposa del rey Menelao de Esparta. Para conocer mejor la trama, nos debemos retrotraer a la boda de la ninfa Tetis con el mortal Pelo, a la que no fue invitada la Discordia. Pero se presentó en el banquete nupcial y llevó una manzana, que arrojó entre los invitados y pronunció unas palabras a modo de ofrenda: «Para la más bella». Para decidir quién era merecedora de aquella, acudieron Hera, que era la esposa de Zeus, Minerva, la diosa de la guerra y Venus, la diosa del amor. Paris fue el encargado de resolver el dilema, y aunque Hera le ofreció riquezas y Minerva la posibilidad de ser invencible en el campo de batalla, se decantó por Venus, una de las mujeres más hermosas. La diosa cumplió su palabra y Helena se enamoró perdidamente de Paris. En la *Iliada* y la *Odisea*, Homero se refiere a los primeros helenos con tres sinónimos, aqueos, dánaos o argivos, en tanto que los troyanos también son llamados teucros. Aqueos y troyanos representan la cultura de Micenas, cuyo asentamiento corresponde a un yacimiento arqueológico en la península del Peloponeso. La Guerra de Troya tuvo lugar hacia el año 1250 a.C., en plena decadencia de la civilización aquea. En los versos del canto primero de la *Iliada*, se habla de la primera epidemia de la que tenemos noticia: «¿Cuál de los dioses promovió entre ellos la contienda para que pelearan?. El hijo de Leto y de Zeus. Airado con el rey, suscitó en el ejército maligna peste, y los hombres perecían por el ultraje que el Atrida infiriera al sacerdote Crises...». El término *peste* debe entenderse

como un nombre genérico de las enfermedades infectocontagiosas. Apolo castigó a los aqueos tras disparar sus flechas divinas por todo el campamento, pues según el mito eran capaces de propagar fiebres y epidemias letales. Los primeros blancos fueron perros y bestias de carga, pero según Homero, poco después: «uno a uno nuestros hombres se contagiaron y murieron, como si las flechas divinas rastrillaran el ejército». Se generó un rápido contagio, con fiebres y muertes fulminantes. Los aqueos contemplaban desesperados cómo las piras funerarias ardían día y noche y vieron cómo se alejaba la deseada victoria sobre los troyanos. Además del retorno de Criseida, los aqueos, para intentar lograr la catarsis, llevaron a cabo sacrificios y como afirma Homero: «El Atrida ordenó que los hombres se purificaran y ellos hicieron lustraciones, dejando en el mar las impurezas y sacrificaron a la orilla del solitario piélagos, en honor de Apolo, hecatombes perfectas de toros y cabras». El Atrida era Agamenón, rey de Micenas y jefe del ejército griego, así llamado por ser hijo de Atreo, que también fue soberano en Micenas. Agamenón había tomado como botín de guerra a la bella Criseida, hija del sacerdote Crises.

En su libro *Homero y la Me-*

*dicina* (Editorial Prensa Española, Madrid 1970), mi director de Tesis Doctoral, el ilustre profesor Agustín Albarracín, trata de esclarecer la naturaleza de la epidemia que asoló al ejército griego. Hace referencia al historiador galo Otto Körner, que destaca un hecho clave, pues según Homero cuando la peste causó estragos en el campamento aqueo, halló un terreno abonado porque los soldados vivían confinados y estaban mal alimentados, y los que se libraron de la enfermedad eran los caudillos, que gozaban de mejores condiciones higiénicas y nutricionales. Siguiendo la línea argumental de su maestro Pedro Laín Entralgo, hace alusión Albarracín a lo que propone Aquiles, que era hijo del mortal Peleo, rey de los mirmidones, y de la ninfa marina Tetis, cuando convoca a su pueblo:

«Consultemos con algún adivino... y que él nos diga por qué se ha irritado tanto Febo-Apolo». El adivino Calcante debía manifestar qué transgresión moral había sido castigada con la peste, por la ofensa a la divinidad. Aquiles

mio ni rescate, la doncella de ojos vivos, e inmolemos en Crisa una sacra hecatombe. Cuando así le hayamos aplacado, renacerá nuestra esperanza».

Afirma a este respecto Laín Entralgo en su libro *La curación por la palabra en la antigüedad clásica* (Editorial Anthropos. Barcelona, 1987), que en el mundo homérico el hombre enfermaba por castigo divino (Apolo y su hermana Artemisa podían disparar dardos envenenados para desencadenar epidemias), debido a causas ambientales o naturales, sobrenaturales como la posesión demoníaca o por traumatismos. De la historia primitiva de la medicina griega solo existe una referencia en los poemas de Homero, donde se conjugan el mito y la leyenda. Gracias a su obra disponemos de una imagen fidedigna de la cirugía que se practicaba cuando tuvo lugar la Guerra de Troya. Algunos autores opinan que Homero fue en realidad un cirujano que pretendió desarrollar en la *Iliada* un curso de cirugía de guerra, con descripciones preci-

sas del cuerpo humano. Actualmente se reconoce a Homero como un erudito, cuyos conocimientos anatómicos proceden de la observación de soldados heridos. Tanto en la *Iliada* como en la *Odisea* cuenta cómo los guerreros se ayudaban entre sí para superar sus heridas y las enfermedades. La *Iliada* se escribió alrededor del siglo VIII, pero la *Odisea* es muy posterior, y por lo tanto ambas obras literarias no pudieron ser escritas o

recopiladas por el mismo autor. Sobre la *cuestión homérica*, no existe todavía un consenso.

**Dr. Roberto Pelta.** Médico Adjunto de Alergología del Hospital General Universitario Gregorio Marañón y Miembro de Número de la Asociación Española de Médicos Escritores y Artistas.



Agamenón y Menelao sentados en un barco acompañados de otras figuras, de la serie "El magnífico desfile en el río Arno en Florencia para el matrimonio del Gran Duque, para la celebración de la boda de Cósimo de Medici". Anónimo, 1664. / Cortesía del Metropolitan Museum of Art, de Nueva York.

**Aqueos y troyanos representan la cultura de Micenas, cuyo asentamiento corresponde a un yacimiento arqueológico en la península del Peloponeso**

se había retirado del campo de batalla por la referida afrenta de Agamenón, que reconoce como detonante de la contienda:

«Por esto, el Flechador nos causó males y todavía nos causará otros. Y no libraré a los dánaos de la odiosa peste, hasta que sea restituida a sus padres, sin pre-